



LA ÚNICA MUJER

La maravillosa
mente de
Hedy Lamarr

MARIE
BENEDICT

MARIE BENEDICT

LA ÚNICA MUJER

Traducción de Pablo Duarte

Título original: *The Only Woman in the Room*

© Marie Benedict, 2020

Publicado de acuerdo con The Laura Dail Literary Agency, Inc.
e International Editors's Co.

© por la traducción, Pablo Duarte, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Publicado de acuerdo con

Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: junio de 2020

ISBN: 978-84-08-22780-9

Depósito legal: B. 6.781-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

17 de mayo de 1933

Viena, Austria

Los focos me cegaron durante un instante, por lo que parpadeé varias veces para abrir los ojos. De forma discreta, apoyé la mano en el brazo de mi compañero para guardar el equilibrio y me esforcé por esbozar una sonrisa segura mientras conseguía ver con claridad. Los aplausos retumbaban y yo me balanceaba entre las luces y la molestia de aquel sonido. La máscara a la que me había aferrado para la actuación desapareció y por un momento dejé de ser Isabel, la emperatriz bávara del siglo XIX, para ser sólo la joven Hedy Kiesler.

No podía permitir que los espectadores del famoso Theater an der Wien me vieran vacilar al encarnar a la amada emperatriz de la ciudad. Ni siquiera durante los aplausos finales. Ella era el emblema de la otrora gloriosa Austria de los Habsburgo, imperio que ostentó el poder durante casi cuatrocientos años, y en los humillantes

días posteriores a la Gran Guerra la gente se había encariñado con su imagen.

Cerré los ojos un segundo y me concentré, dejando a un lado a Hedy Kiesler con sus problemillas y aspiraciones sin importancia. Hice acopio de fuerza y, una vez más, me puse el manto de emperatriz, con su necesaria frialdad y sus pesadas responsabilidades. Entonces abrí los ojos otra vez y miré a mis súbditos.

El público se materializó ante mí. Me di cuenta de que no aplaudían desde la comodidad de sus mullidas butacas de terciopelo rojo, sino que se habían puesto en pie para brindarnos una gran ovación, honor que mis compatriotas vieneses no otorgaban con facilidad. Como emperatriz, desde luego, no merecía menos, pero como Hedy me preguntaba si esos aplausos se dirigían en realidad a mí o a algún otro de los actores de *Sissí*. El que interpretaba al emperador Francisco José, Hans Jaray, era, después de todo, un legendario integrante del Theater an der Wien. Esperé a que mis compañeros dieran las gracias. Aunque el resto del elenco recibió aplausos ininterrumpidos, la audiencia enloqueció cuando avancé al frente del escenario para hacer mi reverencia. Sin duda, ése era mi momento.

Cómo me habría gustado que papá presenciara mi actuación. Si mamá no se hubiera hecho la enferma en una obvia treta para desviar la atención de mi noche especial, él habría visto mi debut. Le habría encantado la reacción del público y, de haber sido testigo de aquella

gran ovación, quizá hasta habría olvidado la vergüenza del papel algo subido de tono que tuve en la película *Éxtasis*, una actuación que deseaba dejar atrás lo antes posible.

Los aplausos fueron apagándose y la inquietud se apoderó de los espectadores cuando una procesión de acomodadores comenzó a desfilarse por el pasillo central con los brazos llenos de flores. Aquel gesto tan pomposo en ese preciso momento, cuando todo el mundo tenía la atención puesta en el escenario, incomodó al reservado público vienés. Casi podía oírlos preguntarse quién se atrevía a interrumpir la función inaugural en el Theater an der Wien con un espectáculo tan extravagante. Sólo el desmedido entusiasmo de un padre lo habría justificado, aunque yo sabía que mis discretos progenitores jamás se habrían atrevido a hacer tal cosa. ¿Serían los familiares de alguno de mis compañeros los culpables de la incómoda situación?

Conforme los acomodadores se acercaban al escenario, vi que sus brazos rebosaban no de cualquier tipo de flores, sino de unas exquisitas rosas de invernadero. Parecían sumar una docena de ramos. ¿Cuánto habría costado aquella abundancia de preciosos botones rojos? ¿Quién podría pagar una exuberancia semejante en una época como ésta?

Como los acomodadores subieron la escalera, comprendí que tenían la precisa instrucción de entregar los ramos a su destinatario a la vista de todo el mundo. Sin

saber cómo manejar aquella evidente transgresión al decoro, miré a los demás actores, que parecían tan sorprendidos como yo. El director de escena hizo señas para que se detuviera aquel ridículo, pero a los acomodadores les habían debido de pagar muy bien, porque lo ignoraron y se colocaron frente a mí.

Uno a uno, me entregaron los ramos hasta que fui incapaz de sostenerlos, y entonces los depositaron a mis pies. Sentía las miradas de reproche de mis compañeros recorrerme la espalda de arriba abajo. Mi carrera escénica podía experimentar un auge o una caída en función de los caprichos de esos venerables actores; muchos de ellos tenían el poder de apartarme de mi pináculo con unas cuantas palabras y reemplazarme por cualquiera de las jóvenes actrices que se disputaban mi codiciado papel. Me sentí obligada a rechazar los ramos, hasta que un pensamiento me asaltó la mente.

El remitente podía ser cualquiera. Podía tratarse de un miembro importante de uno de los partidos en pugna por el poder: un integrante del conservador Partido Socialcristiano o del Partido Socialdemócrata. O, peor aún, mi benefactor podría ser simpatizante del Partido Nacionalsocialista y anhelar la unificación de Austria con Alemania y su nuevo canciller, Adolf Hitler. El péndulo del poder oscilaba a diario y nadie podía permitirse el lujo de correr riesgos. Mucho menos yo.

El público había dejado de aplaudir. En medio de un silencio incómodo, volvieron a sentarse. Todos, excepto

una figura. Ahí, en medio de la tercera fila, en el asiento más envidiado de todo el teatro, había un hombre de torso fornido y mandíbula cuadrada. Entre todos los asistentes al Theater an der Wien, él permanecía en pie.
Mirándome.

17 de mayo de 1933

Viena, Austria

Cayó el telón. Mis compañeros me miraron perplejos y yo respondí encogiéndome de hombros y negando con la cabeza, con la esperanza de que esos ademanes les transmitieran mi confusión y rechazo a tal exhibición. En medio de las felicitaciones, tan pronto como me pareció prudente, regresé a mi camerino y cerré la puerta. Un sentimiento de enfado y preocupación me invadió al pensar que esas flores me habían distraído de mi triunfo, del papel con el que por fin dejaría atrás *Éxtasis*. Tenía que descubrir quién era el artífice, y si se trataba de un cumplido, por desubicado que fuera, o de algo más.

Saqué el sobre escondido entre las flores del ramo más grande, tomé mis tijeras para las uñas y lo abrí. Descubrí una gruesa tarjeta de color crema con borde dorado. La acerqué a la lámpara del tocador y leí: «Para una Sissí inolvidable. Suyo, señor Friedrich Mandl».

¿Quién era Friedrich Mandl? El nombre me sonaba, pero no podía ubicarlo con certeza.

La puerta de mi camerino se sacudió cuando alguien tocó con fuerza.

—¿Señorita Kiesler?

Era la señora Else Lübbig, una de las antiguas ayudantes de camerino que, desde hacía veinte años, asistía a las protagonistas de las producciones del Theater an der Wien. Incluso durante la Primera Guerra Mundial y los desolados años que siguieron a la derrota austriaca, esa mujer de pelo canoso había ayudado a las actrices que se subían al escenario a interpretar los papeles que confortaban el espíritu de los vieneses, como el de la emperatriz Isabel, que recordaba a la gente la histórica valentía de Austria y la animaba a imaginar un futuro prometedor. La obra, claro, no tocaba los años finales de la emperatriz, cuando el descontento del emperador convirtió su atadura de oro en un yugo alrededor de su cuello que le restringía cualquier movimiento. Los vieneses no querían pensar en eso y, además, eran expertos en negar los hechos.

—Por favor, pase —respondí.

Sin echar siquiera un vistazo a la abundancia de rosas, la señora Lübbig comenzó a liberarme de mi vestido, amarillo como el sol. Mientras yo me untaba crema en la cara para eliminar la gruesa capa de maquillaje —y, con ello, los últimos vestigios de mi personaje—, ella me pasaba un peine por el cabello para deshacer el compli-

cado moño que, a juicio del director, se adaptaba bien a la emperatriz Isabel. Aunque guardaba silencio, yo notaba que la mujer se tomaba su tiempo para formular la pregunta que sin duda recorría todo el teatro.

—Bonitas flores, señorita —comentó por fin, después de haber elogiado mi actuación.

—Sí —le respondí esperando su interrogante.

—¿Puedo saber de parte de quién vienen? —preguntó, y pasó del cabello a mi corsé.

Hice una pausa, sopesando mi respuesta. Podía mentir y atribuir la metedura de pata de las flores a mis padres, pero estos chismes eran una moneda que a ella le serviría en sus transacciones y, si le respondía con la verdad, entonces me debería un favor. Un favor de la señora Lübbig podía llegar a ser muy útil.

—Un tal señor Friedrich Mandl. —Sonreí y le entregué la tarjeta. Ella guardó silencio, pero oí un suspiro involuntario de lo más elocuente. Entonces pregunté—: ¿Sabe algo de él?

—Sí, señorita.

—¿Estaba en el teatro esta noche? —Sabía que ella observaba cada función tras bambalinas, siempre vigilando a su actriz designada para poder auxiliarla rápidamente si se le descosía el dobladillo o se le torcía la peluca.

—Sí.

—¿Era el hombre que permaneció en pie después de la ovación final?

—Sí, señorita —respondió con otro suspiro.

—¿Y qué sabe de él?

—Preferiría no decirlo, señorita. No es asunto mío.

Oculté mi sonrisa por su falsa modestia. En muchos sentidos, con su botín de secretos, ella tenía más poder que nadie en el teatro.

—Me sería usted de gran ayuda.

Hizo una pausa, tocándose el pelo perfectamente recogido, como si considerara mi petición.

—Sólo he escuchado chismes y rumores. Y ninguno halagador.

—Por favor, señora Lübbig.

La observé a través del espejo: miré su rostro con delicadas arrugas, parecía que estuviera revisando el archivo guardado con extremo cuidado en su memoria para decidir cuál sería el dato de información adecuado.

—Bueno, el señor Mandl tiene mala fama con las mujeres.

—Al igual que todos los hombres de Viena —dije riendo. Si de eso se trataba, no había que preocuparse. A los hombres los podía manejar. A la mayoría, al menos.

—Va más allá que los trucos habituales, señorita. Cierta romance llevó al suicidio a una joven actriz alemana, Eva May.

—Oh, no —susurré, aunque, al considerar mi propio pasado como rompecorazones y el intento de suicidio de un pretendiente después de que lo rechazara, no podía juzgarlo con tanta severidad. Si bien era terrible, este

cotilleo no era lo único que la señora Lübbig sabía. Su tono me transmitía la sensación de que seguía ocultándome cosas, que había algo más que contar. Pero no me lo diría con tanta facilidad—. Si hay algo más, quedaré en deuda con usted.

Dudó.

—Estos días, una siente que debe tener cuidado al revelar ese tipo de información, señorita.

En estos tiempos inciertos, el conocimiento era moneda de cambio.

—La información que me proporcione será sólo para mí, para mi seguridad. —Le cogí la mano y la miré a los ojos—. Le prometo que no la compartiré con nadie más.

Tras una pausa larga, al final añadió:

—El señor Mandl es dueño de la Hirtenberger Patronenfabrik. Su empresa fabrica municiones y armamento, señorita.

—Un negocio desagradable, supongo. Pero alguien tiene que hacerlo —respondí. No veía por qué un negocio tendría que determinar al ser humano.

—El problema no es lo que fabrica, sino las personas a las que se lo vende.

—¿Ah, sí?

—Sí, señorita. Lo llaman el Mercader de la Muerte.